

Raúl Morello

MANUAL DE PSIQUIATRÍA



MANUAL DE PSIQUIATRÍA

MANUAL DE PSIQUIATRÍA

Tomos I y II

Raúl Morello

Morello, Raúl

Manual de psiquiatría : tomos I y II / Raúl Morello. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tercero en Discordia, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-6540-46-1

1. Psiquiatría. I. Título.

CDD 616.804

© Tercero en discordia

Directora editorial: Ana Laura Gallardo

Coordinadora editorial: Ana Verónica Salas

www.editorialted.com



@editorialted

La editorial Tercero en discordia se desvincula de cualquier contenido publicado en estas páginas. Los puntos de vista, opiniones y detalles presentados en este libro son responsabilidad exclusiva del autor y no reflejan necesariamente la opinión de la editorial.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ISBN 978-631-6540-46-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

TOMO I

Secuelas de pandemia COVID-19

TOMO II

DD. HH. de ayer, de hoy y siempre

Prevención en salud mental. La deuda

Aportes de la logoterapia en psiquiatría

Agradecemos a Maurice Vasqué (a) Mauricio Vázquez quien se dedicó a reconvertir los números romanos en dígitos argentinos (no entendemos por qué el autor la complicó de entrada). Tampoco el estilo literario le satisfacía. Pero, ante el entusiasmo por intervenir, advertimos errores ortográficos que eran propios: invertía palabras, ponía letras donde no iban y terminó por empeorar la lectura. Para descartar dislexia e hipoglucemia, habilitamos en primer lugar un refrigerio dulce. Por suerte funcionó. Ahí arrancó mejor. Si llegara a ver alguna que otra barbaridad gramatical, fue antes de la vianda.

Disimule, errar es humano.

Den tragiska rutter för psykiatric

位髪◇□𐄂L&幣№

Seishin igaku no higeki-teki ryotei

трагический путь психиатрии

The tragic itinerary of psychiatrist



(Solo para entendidos)

Primera advertencia

Debemos aclarar que el único idioma que logramos reconocer más o menos en el subtitulado es: *The tragic itinerary of psychiatric*, pero como no contamos con un diccionario inglés-español, español-inglés, nos quedamos con las ganas de conocer el exacto significado. Creemos que los varios títulos de la portada dicen lo mismo; por lo tanto, resolvimos ignorarlos para economizar en intérpretes. Como en el mundo de las letras el autor es desconocido, la editorial decidió que lo acompañen dos expertos: uno, Carlos Méndez (sí, el expresidente), erudito en bibliografía socrática (se asegura que nombrarlo trae mala suerte aunque nos haya dejado huérfanos). Y el otro, es el célebre Johan Sebastian Mastropiero, quien por disolverse el grupo musical que le diera identidad, se abocó al estudio de literatura antigua y a poder sustentarse sin el filo que provenía de Les Luthiers.

Paralelamente, Méndez y Mastropiero, quienes no se conocían, y si se conocían se ignoraban, alcanzaron un descubrimiento sorprendente: Sócrates era sodomizado asiduamente por su mujer y hoy se conoce la fuente: un antiquísimo manuscrito atribuido a Polonio de Alejandría, hallado en la buhardilla de María de los Ángeles de Pipino Cuevas en el populoso barrio de Villa Crespo. La admiración que ambos profesan al pensador ateniense, iniciador de una era donde la filosofía se partía en dos: los presocráticos y los otros que no recordamos, les hizo

remisos a publicar la noticia por temor a ridiculizarlo. Morello, reconocido en el estrecho mundo de la psiquiatría por su escasez de valores éticos y morales (no sabemos cómo se enteró), dio a la imprenta semejante revelación. Mastropiero y Méndez se durmieron, pues cuando quisieron borrarse del manuscrito por la traición intelectual, el libro estaba en imprenta y sus nombres estampados para siempre.

Por estos papelones la editorial pensó lanzar este material como autor anónimo para no responsabilizarse del contenido, la ilustración, ni el formato; pero la impresión era más costosa. Razones obvias nos hicieron desistir. Por lo expuesto, la lectura va a quedar bajo su responsabilidad.

Queda prohibida su reproducción total o parcial en cualquier soporte electrónico o de papel, Facebook o Instagram, ya que nadie perderá su tiempo en leer más de tres líneas, al igual que los tuits. No sabemos de Tik Tok.

Proyectamos una primera impresión de un millón de ejemplares, pero la falta de interés de laboratorios auspiciantes y fundaciones afines al tema tratado nos decidió a ejecutar un solo facsímil. Recomendamos el uso del mimeógrafo si quiere una copia por el alto costo de las fotocopias láser y porque la publicación, ya se ha dicho, no vale la pena.

No se ha hecho ningún depósito que marca la ley 11.723 para pagar el impuesto a la propiedad intelectual porque no sabemos si a esto se le puede llamar de esa manera.

Segunda advertencia

A vuelta de página una imagen inquietante puede afectar su sensibilidad. Recomendamos tomar dos hojas a la vez para evitar un desagradable momento, máxime, si está leyendo fuera del horario de protección al menor.



¡Le dije que eran dos hojas!

Bueno, no se asuste: este es el autor. Si bien en la foto impresiona como un *Lord* inglés o un *Káiser* alemán por su porte altiva, pipa y anteojitos tipo John Lenonn, también da para una mala copia de *El Señor de los Anillos*. Sin embargo, no posee título de nobleza alguno; apenas sí alcanzó el diploma de médico de la UBA después de muchos años de

estudio. En el observatorio de la universidad, al ver que perduraba más que los profesores como alumno, un día se reunió el decanato con ATE y el centro de estudiantes para hacer la vista gorda firmando sus dos libretas universitarias. Tantos aplazos no entraban en una sola. Su madre nunca le tuvo fe, lo corroboramos más tarde: cuando alguien preguntaba por un pediatra (su primera especialidad) y le daban su descripción, ella lo mandaba al médico de la otra cuadra que era neumonólogo, gordo, petiso y medio pelado.

Interpretó deseaba un psicólogo en vez de médico y, con tal de llamar su atención, estudió Logoterapia. Tras largos años de estudio de una carrera que no requería tantas primaveras, obtuvo su título y cuando fue a mostrárselo, le hizo señas de no interrumpir su serie en Netflix.

Así ingresó a la psiquiatría: para estudiar si existía alguna enfermedad mental que alterase tanto los afectos primarios entre madre e hijo, y de paso obtener un tercer diploma. Quería conquistarla a cualquier costo. Sin embargo, al terminar la especialidad, su madre le pidió un psiquiatra para su vecina, quien no

dormía bien... Su desencanto fue definitivo: se dio cuenta de que solo lo quería para mandados.

Tanta antipatía destruyó su autoestima y se derrumbó en una honda melancolía. Decidió internarse voluntariamente en el Open Door, un prestigioso neuropsiquiátrico de la zona oeste. Allí, ni bien lo vieron, lo ingresaron a la sala de aislamiento. Se cuenta que una noche tormentosa despertó de su catatonía y tuvieron que calzarle el chaleco de fuerza; al reemplazar el *love yourself* que hubiera deseado de su madre, eso lo calmó. Tanto amor recibió de ese chaleco, que, cuando se sintió mejor pidió a sus cuidadores que le aflojaran la cincha. Fue por esos días que a los gritos increpaba al personal para que le suministraran papel y lápiz, ya que unas apremiantes ganas de escribir lo poseían. Los enfermeros se decían entre sí: “Salió de Guatemala para meterse en guatepeor”, en este caso: el ciclo maníaco daba lugar a la hipomanía, que era lo máximo que la psiquiatría podía ofrecerle.

Tercera y última advertencia

El material literario que tiene en sus manos, distinguido lector, es el resultado de una mente enajenada, producto de un amor imposible.

Dos motivos nos llevaron a aceptar su publicación. Primero: sus narrativas podrían entretener a lectores aburridos que no tienen siquiera una revista vieja a mano. Y un acto de suprema compasión -acto que nos ennoblece-, es el segundo. La insistencia de sus pocos amigos nos convenció de editarlo porque, en confidencia, nos informaron que el autor había envejecido persiguiendo una quimera.

Una a favor de su persona: cuando a media tarde se le pasa el efecto de los antipsicóticos, adquiere una voz grave y profunda parecida a la del extinto Marcos Mundstock, información esta que no creemos que a nadie interese, pero, era el relator de Les Luthiers, de donde salió Mastropiero.

Por último, debemos decir que su madre continúa indiferente con él. Sin embargo, nos enteramos de que adoptó dos caniches toys, un canario y plantó dos docenas de petunias en el jardín de dos por uno que tiene en el fondo.

Como puede apreciar, algo de corazón tiene, además de cultivar el paisajismo.

Perdón, había una cuarta advertencia todavía

Entendemos si el lector nativo puede impresionarse por las diferentes lenguas que exhibe la portada. No se asuste, es solo una estrategia de ventas. En su interior -lo habrá Notado-, está escrito en lengua indígena del Río de la Plata, es decir, en argentino. Con esta artimaña buscamos seducir a los países que tienen mayor número de habitantes, cuantiosas bibliotecas y, sobre todo, adquieren cualquier cosa para llenar sus anaqueles.

Decidimos publicar este libro porque quebró el negocio de figuritas que nos mantuvo por cinco décadas: nos clavamos con un sobrante como para vender a dos generaciones las del último Mundial de Fútbol. Los que viajaron a Qatar ¿Para qué querrían figuritas si podían verlos en vivo y en directo? Y sí, nos fundieron.

Decidimos entonces ampliar el mercado incorporando la lengua de los Países Bajos por un acto de bien, además de buscar lectores, ya que advertimos el abuso del Sex Museum Venus (suponemos sabrá de qué se trata), al presumir que les debe quemar la cabeza por estar open las 24 h. Lo que más nos conmovió es ver cómo exhiben sin ropa a las Chickita's Sex Paradijs del Barrio Rojo de Holanda en sus vidrieras, con el frío que hace en esos lugares.

Quisimos distraer la mirada masculina hacia el texto, aunque sabemos que lo anterior es sumamente adictivo (no así la

mala literatura). Cuando le propusimos al autor cambiar la lengua vernácula para titular el escrito, no emitió opinión alguna y guardó silencio como si el renombre internacional que el libro pudiera otorgar no le importara. Sin embargo, supimos que no renunciará a la Gloria y, en ese momento, conocimos sus oscuras intenciones: el interés estaba puesto en la atractiva mesera del bar de la esquina, al cual iba por un licuado de bananas para admirar su belleza, la llamada Gloria del Carmen Mendizábal, una hermosa joven recién llegada de España como inmigrante ilegal del último viaje de la Fragata Libertad. Desde el primer licuado, lo había seducido.

Con esta propuesta la editorial no busca otra cosa que ganar dinero a como dé lugar con ella (nos referimos a la publicación, no a Gloria).

De nuevo perdón, nos olvidamos la quinta advertencia (esta sí es la última)

Como verá el lector, el libro no tiene prólogo, ya que no encontramos a la persona que se anime a escribirlo. En principio aspirábamos a una figura de alto vuelo, como el Dr. Albert Einstein, para ofrecerle ese honor. Pero fue una enorme sorpresa descubrir que ya no estaba entre nosotros. Pensamos en algún candidato alternativo y en los anales de la Facultad de Medicina apareció un tal Bernardo Houssay que hasta tiene un busto. Pensamos que se trata de una persona importante. Al buscarlo en la guía encontramos un número telefónico pero su biznieto nos dio la triste noticia de su partida hace tiempo.

Parecía a propósito: la naturaleza pateaba en contra nuestra.

Recurrimos entonces a Wikipedia (internet es increíble). Esa aplicación nos llevó directamente al Dr. Facundo Manys como la estrella Golden boy's (y la buena noticia es que vive todavía). De los seudocientíficos, el mejor. Este neuropsiquiatra es autor del famoso libro *The time is Manys*: "Es tiempo de un manís", por creer que un buen cerebro puede gobernar nuestro país. Sin embargo, nadie entendió su propuesta y tuvo que abandonar definitivamente la política. Este libro es un trabajo de altísima repercusión internacional, pero advertimos que su target implicaba una importante erogación para un prólogo. Nuestra paupé-

rrima economía nos obligó a desistir. Buscamos otros sujetos de menor capacidad intelectual y no hubo caso: las pocas monedas ofrecidas no dieron resultado.

Mientras lamentábamos no hallar un prologuista a tiro de nuestros bolsillos, el kiosquero sugirió: “¿Por qué no prueban con la filosofía que tiene cuantiosos desocupados?” ¡Cuánta verdad! ¿Cómo no se nos ocurrió antes? La metafísica de un desocupado podría dar para un pago diferido. No sabemos cómo llegó a nuestras manos un artículo del expresidente Carlos Méndez, versado en bibliografía socrática (por las dudas se aconseja tocarse el derecho el varón, y la izquierda en caso de ser una dama, más arriba). Ese ensayo fue suficiente para tomarlo como coadjutor, ya que en un textual exponía la historia inédita del Maestro de Atenas, quien, cosechando uvas en el Parnaso se puso a discutir por una tontería con un tal Meleto. Se encapricharon para ver cuáles eran más ricas: si las uvas negras o las uvas rubias, y terminaron a las trompadas porque cada uno quería tener razón. O sea, discutieron por nada. Hasta ahí, una pelea de hombres. El problema fue cuando se metió la esposa de Sócrates de forma imperativa reclamando la exclusividad de golpear a su marido. Ahí la embarró. La cosa fue así: Jantipas tenía la costumbre de dormir religiosamente la siesta y creemos que era devota de Morfeo; por eso daba a esas horas un carácter sagrado. Solo así se explica su ira cuando la gentuza, a viva voz, arengaba a su marido y al otro que lo veían más débil para que se agarren, ya que era un gozoso espectáculo. Por la violenta privación de sueño exageró la defensa de su marido, y eso tuvo nefastas consecuencias. A raíz de esta intromisión, dos causas judiciales le cayeron encima: una, por violencia de género (Ley 26.485); el poblado entero se enteró de que Sócrates, personaje elevado a un pedestal para que parezca más alto (se dice que era petiso y gordo), no era tan inteligente, ya que debía lavar, plan-

char y dejar la comida lista antes de salir a filosofar, si no, ella no lo dejaba. La segunda causa fue por abuso deshonesto (Art. 118 2do párrafo C. P. P.) y la tercera, intento de homicidio con alevosía (Art 80 inc. 2do C. P. P.), ya que pesaba sobre ella una obesidad mórbida de 162 kg. y Meleto tenía la talla y el peso de un Jockey de Ponys. Sócrates terminó con la túnica manchada de sangre de ese hombre, nada más; pero el otro sí que las tuvo: traumatismo de cráneo con pérdida de conocimiento, siete costillas rotas, neumotórax bilateral, fractura de pelvis y una pierna, encima de que era petiso le quedó torcida.

Los daños colaterales de esa pelea callejera dieron lugar a un sumario administrativo en el hospital por abandono de persona. Hipócrates y Galeno (quienes mantenían una relación sospechosa para esa época), creyeron que era asueto ese día y se fueron de picnic a la Isla de Lesbos para regodearse entre las chicas, quienes muy cachondas hacían de las suyas en la fase estrogénica. Demás está decir que terminaron sancionados por falta injustificada, y Meleto, con secuelas estéticas y funcionales, quedó rengu por el resto de sus días. El hospital tuvo que hacerse cargo de la mala praxis, pero el Poder Judicial estaba de paro reclamando paritarias y después trabajarían a reglamento. Esa denuncia seguramente se encajonaría.

Al escuchar tan interesante historia, dijimos: “ese es nuestro hombre” (por Méndez, el expresidente). Sin éxito, tratamos de ubicarlo por las redes sociales, correo electrónico, celular y teléfono de línea. Alguien mencionó que trabajaba en el Senado para que Anillaco fuera Aeropuerto Internacional. Como a los tres meses devolvió un wasap diciendo: “lo boi a pensar” y estampó un meme con el pulgar hacia arriba; sin embargo, ya era tarde: el libro estaba en la imprenta.

El autor aparece

Debo advertir que el material bibliográfico que tiene en sus manos no debe llegar masivamente al público. De ahí los diversos idiomas como el inglés, mandarín, chino, ruso, además del sueco, lenguas que ignoro por completo: saludo con un “*arigatoo*” a un coreano, cuando ni siquiera sospecho sea esa una cortesía. Solo me gusta cómo suena. Me fascinan los rusos por la Rapsodia Húngara de Rachmaninoff (KGB camuflados en carritos vendiendo copos de azúcar entre Kukas), y las suecas me gustan por las contorsiones de gimnasia que hacen en vidrieras sin calefacción. En cuanto al mono, está en el Zoológico entregado a jueguitos on line. No hay peligro de que se escape.

Me hace pensar que se tiene en alta estima si usted ya conjetura que ha de perder su tiempo con esta introducción. Y conjeturo ahora, y sepa disculpar, poco talento para una lectura inteligente. No, no tendría que dejarse llevar por la segunda impresión que le causó hasta aquí, aunque podría dejar este manual donde lo encontró en vez de creer que tomó algo valioso (esa fue la primera impresión, seguramente). Si todavía no lo descartó, cabe imaginar que sus insondables títulos despertaron su curiosidad. ¿Dirigió entonces su atención a la leyenda “*Solo para entendidos*”? ¿Esa frase desafió su agudeza en relación al conocimiento que posee en ciencias? Como sea, asomarse a la psiquiatría podría ser de utilidad, ya que a través de los laberintos de su prácti-

ca y, sobre todo, del análisis del comportamiento de sus actores, podrá pensar dos veces si alguna vez se le ocurrió consultar a uno. No obstante, sería digno aceptar que, si su cerebro no alcanza para considerarse un “entendido”, busque otra distracción, porque me fastidia derrochar mis conocimientos con quien no distingue artilugios de una lectura profunda.

Le doy unos segundos para cerrar el libro aquí mismo si ve que no alcanza para la categoría; sugiero revista “Gente’s” o “Bailando por una Pesadilla” para su formación y entretenimiento, respectivamente.

(10 angustiantes minutos pasarán para Morello)

Bueno, me tranquiliza saber que hará el intento de dialogar con mi sabiduría. Le doy entonces la bienvenida a este *Tratado Premium* que formará parte de esta rama apasionante de la ciencia dura. Me propongo desarrollar para usted, en exclusiva (a menos que quiera leerlo con alguien que le explique lo que no le da su ingenio), algunos temas de las interfaces que existen entre ciencia y arte cuando hablamos de psiquiatría y sus problemáticas. Como se trata de una especialidad temeraria, lo haré en formato de anagrama para conocer cómo se construye el pensamiento en ciencias, qué investigamos quienes la asumimos con pasión y, por último, una somera descripción del que queda marcado como paciente psiquiátrico ni bien ingresa al consultorio a preguntar si ahí atiende un dentista.

Como habrá escuchado infinidad de veces, una mayoría de personas afirman que somos “médicos de locos” los que practicamos esta especialidad, y ese supuesto, para nuestra desgracia, forma parte de la indigente cultura de la gente.

Por esa animadversión, precisamente, voy a desafiar al colectivo social, quien alguna vez deberá preguntarse acerca de sus

creencias. *¿Cuál es la razón de que haya gente que se involucre con la desgracia ajena hasta la locura -un temor atávico-, muchas dolencias de su mente y otras tantas de su espíritu?*

Estas páginas pretenderán mover algún estante de su pobre imaginario, porque, si bien podemos cargar con “ser médicos de locos”, nosotros sabemos algo que muchos no saben: *que la gente es mala*. Si no, obsérvese cómo cuchichean dos personas comentando maliciosamente: “aquel es psiquiatra” y lo dicen como si estuvieran frente a un marciano a pesar de que vean a un tipo serio (aunque combine de mala forma los colores de su vestimenta). La gente especula que estamos en otro mundo, aunque compremos caramelos, vayamos al cine, o nos rasquemos la cabeza como cualquier otro mortal. Gente que se aleja disimuladamente para evitar nuestras miradas al creer que leemos sus pensamientos. Como ve, son de esconder la mano una vez que tiran la piedra... Por eso decimos: “Está bien, nos asumimos como alienistas, pero ustedes son re tarados al dejarse llevar por el formato, cuando en realidad, deberían apreciar otras virtudes que poseemos los daltónicos”. Si bien algunas de esas expresiones se ajustan a la realidad (no seamos absolutistas), debemos separar la paja del trigo *porque no todos los psiquiatras* son tan inteligentes como se la creen.

Los que somos brillantes de verdad, como es mi caso, no lo ventilamos para no humillar a los demás colegas; y es en ese acto en el cual nos asiste la humildad y reside la sabiduría. Esta declaración no es por vanidad, pedantería, ni petulancia: con la fe de cada uno no se discute.

Por último, describiré algunas prácticas poco ortodoxas que usamos en terapia, siendo consciente de que al difundirlas (de ahí que el texto no debe llegar a manos equivocadas) pueden escandalizar a los usuarios y su entorno, y provocar una pueblada que podará salvajemente esta rama de la medicina con la preci-

sión de una motosierra alemana. Por supuesto, con mi cabeza en la punta de una lanza como en épocas de la Federación (aunque podría ser también un simple palo de escoba).

Dicho esto, el lector deberá responder: ¿Cree usted que necesita de esta disciplina tal cual como se la practica hoy? ¿Cree de verdad que puede tirar un tiempo más sin recurrir al psiquiatra, porque siente que es más o menos “normal”? O ¿cree que es mejor volver a medicinas alternativas para gastar menos en remedios en vez de andar sacando sus trapitos sucios frente a un desconocido?

Como acaba de leer, estos interrogantes están dirigidos a cuestionar su *sistema de creencias* con los que intentaré sacudir los soportes de ideas preconcebidas aferradas a oxidados tornillos y a usted no le incomoda. Sin embargo, le advierto: cuando comencemos a usar un antioxidante, no mariconee por mirar a esta ciencia desde otra óptica.

Lo dejo pensar.

El autor¹

1 **Nota del Editor:** Mastropiero se rasca la cabeza y se pregunta: “¿qué le sucede al autor? ¿Este sujeto está en sus cabales? Primero advierte que el libro no debe llegar masivamente al público. Luego provoca desaprensivamente al posible lector, tildándolo, palabras más, palabras menos, de estúpido ignorante. Posteriormente busca estimularlo a la lectura. Pero ¿en qué quedamos? ¿Quiere o no quiere que lo lean? ¡Vaya uno a saber!”

TOMO I